

— Escritos de madres en cuarentena —

La NIEBLA y la mar



Elo

Para todas las mamás del mundo,
que todo el mundo se vuelva madre...

(Porque reencontrarnos con nosotras mismas
(dentro) es el verdadero encuentro con el todo [fuera])

— **Laura Flora**

Presentación

Resignificar aquellos eventos que marcan nuestras experiencias de vida es, de alguna manera, abrir la posibilidad para volver a ver, volver a sentir y otorgar así, el lugar que necesitamos dentro de nuestras propias historias.

Es por esto que BEF Las Cruces -biblioteca perteneciente al Área Socio comunitaria del programa Biblioteca Escolar Futuro UC- construye un proceso creativo y participativo donde la literatura y escritura se transforman en el mecanismo para la expresión y elaboración del sentir-pensar de mujeres del litoral central.

Así es como La Niebla y la mar es fruto de un trabajo colectivo, que reúne ocho relatos autobiográficos que buscan resignificar, transmitir y compartir los aprendizajes que un grupo mujeres de las localidades de El Quisco, Punta de Tralca, Isla Negra, El Tabo y Las Cruces, identificaron desde su auto observación, durante el transcurso de los primeros meses de la cuarentena en este 2020.

Este proceso se ha realizado en tres tiempos diferentes. El primero fue por medio de plataformas de internet de fácil acceso, las que permitieron conversar, reconocerse y realizar una profundización de las experiencias, con tal de escribir una pequeña autobiografía que reflejase las tensiones, rupturas y/o respuestas que, desde el rol de madres, han tenido que desarrollar estas mujeres. Luego, se reescribieron tales relatos autobiográficos, transformándolos en diferentes metáforas que conforman cada uno de estos textos literarios. Finalmente, se entrelaza cada escrito con el conjunto de la obra, otorgándole una imagen y forma que termine de constituir y dar sustento al libro ilustrado que tienes en tus manos.

Esperamos que estos escritos, logren materializar lo trascendente para cada una de las participantes y contribuir a la visibilización de lo que implica ser mujer-madre en estos momentos de crisis.

**Equipo Biblioteca Escolar Futuro UC
Julio, 2020**

La NIEBLA y la mar

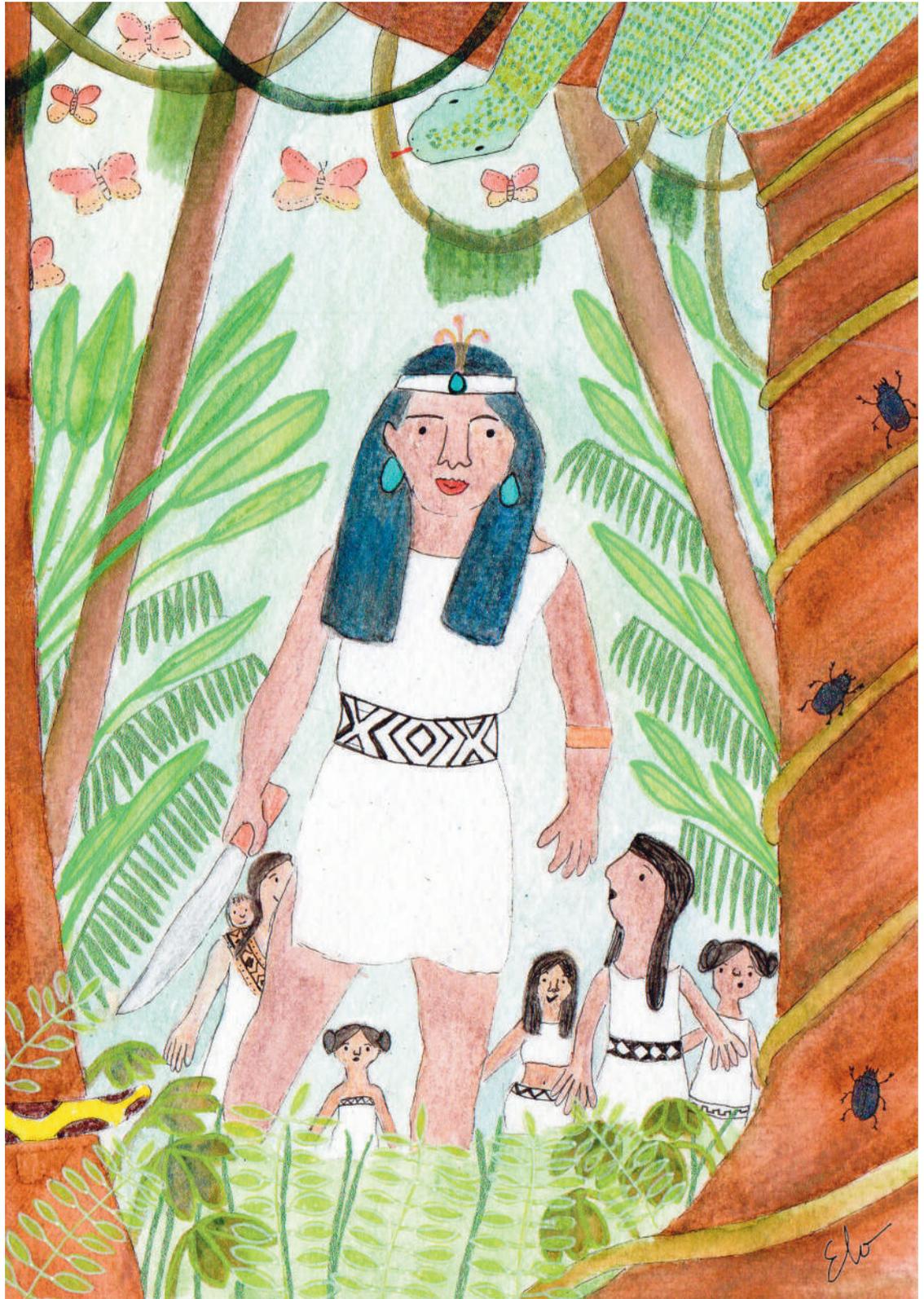
Escritos de madres en cuarentena

En los confines de un pueblo colindante al mar, un inesperado día aparece una densa niebla que trae consigo un mal. Un gran oscurecimiento de perspectivas, se apodera de sus habitantes y comienza a confundir a todas¹: en especial las adultas y ancianas, quienes eran las más afectadas... nadie sabía qué pensar, o qué sentir, ni cómo actuar...

1 Nota de las autoras: en este libro hemos decidido utilizar palabras en género femenino cuando hablamos en plural o se busca representar elementos de la naturaleza.

Una Tribu llamada Teztlot

Javiera González, Isla Negra



En esos momentos una de las tribus que vivía en las montañas a las afueras del pueblo, llamada Teztlot, estaba en plena migración. En estas alturas, se encontraba una familia de la tribu.

De repente, uno de los niños llamado Jezeir gritó intensamente y convocó a presenciar un extraño acontecimiento: una espesa niebla subía rápidamente desde el mar, oscureciendo todo el pueblo.

Toda la familia quedó muda al ver lo que estaba pasando, pronto tuvieron que reunirse y discutir si era buen momento para marcharse al pueblo, donde ya todo parecía oscuro. Las más ancianas pedían más tiempo para reflexionar. Algunos jóvenes decían que debían marcharse pronto antes de que fuera muy tarde y la tribu quedara aislada... parecían todas estar en desacuerdo, hasta que la voz fuerte y segura de Saim -una de las niñas de la familia- interrumpió diciendo:

¡Lo más importante ahora es confiar, ya que todas las visiones tienen algo en común!, ¡todas quieren ayudarnos a estar bien y seguras!

Volvió a respirar y continuó:

Si ya se ha abierto la posibilidad de irnos a vivir a una tierra protegida y armoniosa, es claro que esta es una gran oportunidad. Es un regalo que nos permitirá estar a salvo y protegidos, ya que siempre hay una luz, incluso en la oscuridad.

En ese momento y sin dudarle toda la tribu asintió con la cabeza. Rápidamente emprendieron el viaje hacia el centro del pueblo, a un sector de quebradas y bosques, llamado Acda. Pero, cuando empezaron a internarse en medio de la niebla espesa, comenzaron todas a sentir escalofríos, acompañado de mucha confusión y miedo... a ratos nada parecía lo que era.

En ese instante, la madre de Saim pudo percibir que la espesa niebla era la responsable de tal confusión, por lo que corrió hacia su hija y le dijo:

¡Tú debes ser quien nos lleve hacia el nuevo hogar, eres la hija mayor y hoy has demostrado que has madurado mucho!

Con estas palabras, Saim entendió su gran poder, su gran fuerza y sin temer ni dudar, logró que toda la tribu siguiera sus pasos, escuchando y enfocándolas en seguir el camino hacia Acda. Luego de unas horas, se dieron cuenta de que estaban rodeadas de una majestuosa naturaleza, muy abundante, llena de árboles silvestres y frutales, con caminos aromatizados por frescas hierbas medicinales. Entonces la tribu supo en ese momento, que había llegado al mejor lugar, donde tenían todo lo necesario para mantener viva y fuerte la tribu nómada, llamada Teztlot.

La Casa empequeñecida

Carolina Montes, Las Cruces



Sí, la casa era grande, por eso no se acababa nunca de ordenar y, como no era de ellas, resultaba desalentador cambiar los muebles de lugar o malgastar dinero en aquella pintura color púrpura para pintar la pared de la única habitación que podían ocupar, donde Helena marcaría el dibujo de sus pequeñas manos. Y eso de sacar todas las noches a las dos gatas del interior, por temor a que los sillones, que ya estaban arañados, estuvieran, además con “ese olor tan fuerte que tienen esos animales”. Pero la casa era grande y era cosa de tiempo para obtener un lugar propio... había que adaptarse.

Las gatas son astutas y siempre saben resguardarse, por eso no se entendía cómo una de ellas se había perdido, más encima con eso de la niebla, no había mucha gente viviendo en la playa y nadie había visto nada. Buscaron en las casas vacías, hurgaron en los basureros... Helena y sus padres lloraron un par de veces, hablaron de lo linda y cariñosa que era, que de seguro su hermana felina sabía lo que había pasado, pero qué lástima, no podía decirlo. Y que, si la gata aparecía, les harían una casita para que las dos durmieran calentitas por las noches y no corrieran peligro de ser atacadas por los perros de las otras casas, que les comían la comida y las asustaban a veces.

Helena y su madre eran felices dando una vuelta en bicicleta y paseando por la playa. La libertad era lo más importante, pero había que cuidarse, pensar en la familia y resignarse a la idea de estar encerradas para no contagiarse. El paisaje era hermoso, colorido, pero en casa se podían pintar lindos cuadros de gatos y atardeceres. Afuera llovía como no se veía hace años y valía la pena ver aquello, aunque no se pudiera empapar como antes, porque el virus estaba a la vuelta de la esquina y se decía que había que cuidarse más que nunca.

Llegaba el invierno y después de todo, vivir en una sola pieza no estaba tan mal. Empequeñeciendo el espacio se guardaba mejor el calor y podía descansar la mirada. Se pensaba y conversaba menos, las estadias en el baño se hacían más largas, la diversión se podía reacomodar temporalmente en una pantalla, allí había un mundo lleno de posibilidades y había que aprovechar que ahora sí, se podía ver en pareja esas series largas que les recomendaban hace tiempo.

La enfermedad se acercaba cada vez más rápido desde la ciudad. A través de la ventana se podía ver que la constante humedad empezó de nuevo a hacer verde la tierra del inmenso patio, donde la bicicleta tirada parecía resignada al abandono, pero ya habría momento para retomar esa afición. Helena seguía extrañando a su gatita perdida. La imaginaba volviendo desde el fondo del mar, quería seguir buscándola más allá del bosque y cruzar la espesa niebla, pero era algo incómodo e inútil alimentar esa pueril esperanza, sobre todo ahora, que había situaciones verdaderamente urgentes que atender.

El resto de la casa desde hace un tiempo estaba siempre a oscuras. De vez en cuando se escuchaba un ruido al otro lado de la pared, pero ya sabían que podía ser solo el viento moviendo las ramas de los árboles, porque en la casa la gatita que quedó, ya dormía en la cama de dos plazas, y el terreno había sido cercado para que ya no entraran más los perros.

Mamá Flora, mamá Rana Cantora

Laura Flores, Punta de Tralca



Mamá Flora se convierte en mamá Rana Cantora cada vez que mira su pecera. Ella se imagina siendo una inmutable mamá Rana Cantora (sabia, pero habladora).

Dentro de mamá Flora hay una mar: una tormentosa, cíclica y constante mar. Al despertar, mira el cielo de la casa, luego el piso, se saca “uno”, lo enciende, se lo mete a la boca, inhala, lo retiene... el humo entra... rico, denso, mamá Flora tose, lo apaga, cierra los ojos y comienza...

Ahí está mamá Rana Cantora saltando... de charco en charco, húmeda, como mar, como es. Viaja a la velocidad del salto. Viaja sola, porque así siente que ella crece... sola. Ella viaja a saltitos, se va lejos, conoce otros cielos con otros colores, otra tierra con otros aromas, otras y nuevas sensaciones... suavécitas sensaciones, como cuando el aire calentito pasa por tus párpados cerrados, acaricia tus mejillas y susurra algo en tu oído, siempre... así viaja esta mamá Rana Cantora.

La piel de la rana es sensible por lo tanto ella tiene la capacidad de sentir cualquier sustancia tóxica, y rápidamente percibe la densa niebla que interrumpe su viaje. La rana sabe que deberá una vez más esperar... esperar a que pase la mala neblina del hombre blanco, esperar a que pase la toxicidad de las mentes mediocres, esperar a que lo importante no se haga esperar. ¡Mamá Rana Cantora si de algo sabe es...sobre esperar!, ¡ella sabe que debe esperar una vez más! ¡Pero qué más da!... suspira, si por años ha tenido que esperar a las pirigüinas avanzar junto a ella (atrás de ella), por años ha esperado que salten a su ritmo, a su tiempo... qué más da un poco de espera más. Quizás la mala niebla viene a enseñarnos algo...porque recuerden que si de algo sabe mamá Rana Cantora es sobre la espera, por eso mamá Rana Cantora

enseñó sobre la espera también, a sus cuatro “pirigüinas”, que bien la esperan durante sus viajes. Mamá Rana Cantora no sólo busca transmitir a sus “pirigüinas” la importancia de la espera, porque ¿qué es la espera sino la sabia comprensión de una milésima de segundo de vida?

Entonces Mamá Rana Cantora comprende la venida de la niebla y entonces toma una decisión, una muy importante: ella quiere esperarse, quiere una pausa para armarse, amarse y, claramente, cuidarse de la mala niebla (que quizás no es ni tan mala, ni tan tóxica, ni tan oscura), la mamá Rana Cantora debe irse para dentro, a indagar en sus emociones, soltar los miedos y abrazar lo abundante de su entorno más cercano, porque el charco de la Rana es el tesoro más preciado, el charco de la mamá Rana Cantora está hecho con miles de gotitas mágicas que caen del cielo con cada croar... entonces mamá Rana se esconde, se guarda para las emociones más bonitas y tranquilas, se guarda y se encuentra, se encuentra con cada una de sus “pirigüinas”, pero principalmente se encuentra a ella misma, como Rana, como Flora, como muchas, como todas. Como la más grande y hermosa madre Rana Cantora que sabe que es.

Lavé la loza

Linda Venegas, El Quisco



Bergamota era madre de Suyai, una niña de 1 año. También era compañera de Anastasio, padre de la niña. Vivían en los confines de un pueblo colindante al mar, con gallinas, lombrices, un gato, una gata y una huerta. A Bergamota le encantaba vivir ahí.

Pero Bergamota siempre tenía problemas al enfrentarse con las tareas domésticas. Veía en ello, el reflejo de una presencia etérea, semejante a lo que podríamos considerar como un fantasma, que le recordaba la sumisión de su linaje, el machismo de sus genes, el sufrimiento de las mujeres de su familia, el sometimiento de sus energías y vidas para aquel rol. Desde pequeña había decidido rebelarse frente a eso, repudiar, renegar ese patrón, evadir.

Bergamota intentaba acercarse a ese fantasma doméstico, que vivía con ellas en su casa, pero — a pesar de eso — no era considerado, ni escuchado, ni observado. Por eso, cada vez que el fantasma se sentía menospreciado, terminaba provocando caos en el hogar, entonces Bergamota prefería salir a trabajar con Suyai fuera de casa.

Un día la familia decidió salir a respirar al mar, cuando se percataron de una densa niebla maligna: todas las familias del mundo debían estar en casa y no había otra salida, ni otra evasión.

Bergamota y su familia empezaron a plantar más, a limpiar los lugares más recónditos del hogar, a conocer espacios y objetos olvidados de hace muchos años. Pero algo ocurría paralelamente. Mientras más tiempo pasaban reclusos en casa, el fantasma estaba cada vez más cerca de Suyai, interfiriendo con su caos, incomodando con su desorden, hostigando con su peso... Esta vez no había salida hacia otro lugar. Las energías dentro del hogar se intensificaron, recorrían desde el miedo, la angustia,

la incertidumbre, la alegría, la confianza, el empoderamiento, la nostalgia de ver y sentir a las seres amadas, el antagonismo de criar a tiempo completo: entre la belleza y el cansancio, la gratitud y el desaliento, siempre con el fantasma presente, como uno más de los integrantes de la familia.

Es por esto que la neblina consiguió lo que Bergamota no había decidido en sus 30 años: hablar con el fantasma directamente.

Cierto día, cuando comenzaba a lavar la loza sintió sutilmente la llegada de aquel ente: *“Aquí está otra vez”*, pensó, *“esta vez le hablaré, no puede seguir así”*. Dio media vuelta, lo miró a los ojos y quedó atónita con lo que pudo observar.

Vio a sus ancestras, vio sus cabellos y sus sonrisas, escuchó sus cantos y sus rezos, olió sus pócimas y alimentos. Conectó y entendió que aquel fantasma podía acentuar las sombras, pero también acompañar las luces, podía sembrar el caos, pero también la armonía. Ese fantasma — observado desde el empoderamiento — podía traer consigo meditación, planificación, orden, claridad y calma.

Desde luego, Bergamota aceptó al fantasma y se lo presentó a su hija formalmente, no como un ente, sino como su historia. Así fue como aquella neblina virulenta, obligó a todos los seres como Bergamota a reencontrarse con ellas mismas.

Mamá Cuerva

Katherine Molina, El Tabo



Durante la noche y antes del gran caos, comenzó la quietud silenciosa. La cuerva abre los ojos y observa a su cría que respira plácidamente. Dormían muy cerca, en la misma cama.

Unas horas después se dispone a volar hacia altamar. Con la bruma de la mar atravesando sus alas, logró sentir que llegaba lenta, pero densa... una niebla muy densa, que no le permitía ver más allá.

Antes de que lograra volver, el pueblo comenzó a sufrir las consecuencias de la niebla. Se había apoderado de todo el pueblo y también de los pueblos colindantes.

Sus habitantes se veían imposibilitadas de trabajar, salir al mar para pescar o a las calles. La gente se empobrecía rápidamente o, peor, se enfermaba. Ni siquiera alcanzaban a sanar a las ancianas, consideradas “museos vivientes” en la localidad. Otros seres se oscurecían velozmente y buscaban quitar la luz a los más vulnerables, como abuelas y niñas... esa luz que le pertenecía a cada ser vivo y que los protegía de la niebla oscura. La cuerva continuaba volando buscando alguna respuesta para esta niebla que no le permitía ver.

Su travesía nocturna estaba llena de obstáculos, oscuridad y frustraciones. Había muy poca visibilidad, hacía frío... la bruma y niebla dificultaron su vuelo, entonces, decidió volver al pueblo antes de salir el sol.

Al aterrizar, comenzó a sentir una fuerza ensordecedora, que le brotaba del pecho, cuando pensaba en sus seres queridos, en los seres enfermos, en lo injusto de todo lo que ocurría. Tanta abundancia de oscuridad en su amado pueblo lafkenche. Algo había que hacer, a algún lugar había que huir.

Así, decide sostener sus vuelos nocturnos para encontrar alguna respuesta.

Una de esas noches, voló varias horas hasta que a lo lejos vislumbró una pequeña localidad que parecía estar a salvo, incluso pequeños faros estaban encendidos a lo lejos. “¿Cómo es posible que vea luces a esta distancia?” pensó la cuerva, e intuyó que algo importante descubriría.

Observó entonces que, para despejar la niebla, la gente de ese pueblo hundía sus manos en la tierra y cultivaba todo tipo de plantas. Cuidaba el agua como el tesoro más preciado. Esto permitía que el aire de aquel lugar estuviera menos oscuro, dejando entrar la luz. Insectos y hermosas aves, con el zumbido de sus poderosas alas multiplicadas por montón, vibraban tan alto que producían un sonido que alejaba la niebla, volviéndola menos densa y cayendo en forma de agua.

Cada especie de aquel lugar lograba vivir sin interferir con el ciclo de otro ser. Las niñas y niños reían gritando por los prados trabajados, saltaban y comían terrones de tierra.

La mamá cuerva quedó tan impresionada de ver que en este pueblo habían vuelto al origen, a lo más sencillo, y que solo recuperando el sentido del buen vivir habían evitado la oscuridad. La cuerva comprendió que, si seguían estos pasos, el pueblo podría disipar la niebla que enturbiaba su habitar.

Entonces, al regresar a su pueblo reunió a todas y todos para explicarles lo que había descubierto y cómo traer nuevamente la luz a sus vidas. Aún había tiempo, solo había que entender cómo unir nuevamente los cauces que permiten volver a sentir que juntas somos más.

Niñas gatas

Constanza Allende, Las Cruces

Entre octubre 19 y abril 20 era la fecha. Viento oeste, norte oscuro, sur...



Delfina iba camino a casa, de vuelta a su hogar... pensando en las niñas, las gatas, las plantas, el pan, los libros, la vida, el cotidiano, amar, sostener, ser parte, cuando una densa niebla irrumpe su andar, enturbia su mirada, se confunde de senda y se pierde.

En casa, las niñas, hay hambre. Es tarde, la noche se instala. Viento y lluvia golpean las ventanas. Katara, la hermana mayor, se inquieta e intuye que algo pasa. Rosita, la hermana menor, tiene frío y está helada. Katara, teniendo ya manejo de algunas cosas domésticas, enciende el fuego, calienta el agua y prepara algo con lo que hay disponible para ella y su hermana. Se recuestan, es tarde. Afuera: silencio, quietud, niebla. Cerca de las tres de la madrugada, una fuerte ráfaga de viento despierta a Katara. No entiende bien qué pasa sobre los tejados, su madre aún no ha vuelto.

Decide salir a ver al techo, para asegurarse de que todo esté en orden. Un rayo de luna encanta su mirada, plenilunio, marea alta y calma. Desde su techo ve muchas nieblas a su alrededor: algunas más claras, formando neblinas, otras densas y estáticas, unas ligeras, más suaves, levemente expandiéndose. Están rodeadas, la luna las ilumina intensamente, formando un halo de luz que cubre su hogar.

Katara se inquieta y se le revuelve algo la guata. Se siente distinta: a su piel le salen pelos, sus orejas se posan sobre su cabeza que cambia de forma y tamaño, le crecen bigotes y cola, se lame. Cuando recuerda a su hermanita, vuelve enérgicamente a casa por la ventana, llega a su pieza y se encuentra con Rosita, que tal como ella, también se había transformado... en gata.

Katara y Rosita, transformadas en gatas, sienten muchas ganas de comer y añoran la presencia de su madre, Delfina. Se arrullan y ronronean compartiendo su incertidumbre y

afección: *“resolvamos nuestro apetito primero, y luego vamos por mamá”*, dice Katara: *“Yo sé dónde buscar algo para comer”*, señala Rosita, *“sígueme”*.

Salen por la ventana de su baño, directo al techo del vecino, el pescador. Rápidamente, Rosita logra abrir la ventana de la cocina, con un súper especial talento. Ingresa y comienza a hurgar por algo de alimento cuando, de pronto, se enciende una luz dentro de la casa. Katara maúlla excesivamente para alertar a su hermana que se apresure. Rosita consigue tomar un par de pescados ahumados que encuentra por ahí y se dispone a salir, cuando siente que alguien se acerca, se asusta y pasa a llevar del muro un espejo que había junto a la ventana. Este se cae, rompiéndose al instante y de rebote uno de los pedazos se atasca en su botín con aletas. Por exactamente 3 segundos, Rosita logra escapar.

Una vez fuera y a salvo, vuelven al tejado de su hogar, donde comparten los pescados, percatándose de que tienen, además un trozo del espejo roto, en el cual se refleja muy vigorosamente la luna. *“Será que, con esto, podríamos guiar a mamá, que debe estar extraviada en este mar de nieblas”*, señala Katara, y comienza a enviar rayos de luz en todas las direcciones de su alrededor. Rosita acompaña con extenuantes maullidos y comienzan a danzar en círculos.

Delfina en un mar de tormentos, logra ver un reflejo de luz en el cielo, y conecta con sus hijas, volviendo en sí. Se sacude, respira profundo y reconoce el camino a casa. Ya en la esquina de su hogar, Delfina identifica las siluetas de sus hijas, algo alteradas. Corre hacia ellas. Cae una suave llovizna que transforma a las gatas nuevamente en sus hijas humanas. Ya casi sale el sol, se aclara, cae el frío y están juntas otra vez. Las tres se abrazan, se arrullan, prenden fuego y comparten sus aventuras de tan extraña noche entre nieblas, confusiones y gatas.

Ese día

Bárbara Silva, Las Cruces



Ese día, Galilei estaba muy emocionado. Junto a su hermana, su mamá y papá, viajaban a Santiago porque la Isa se casaba con el Álvaro. Por eso, Galilei se iba a quedar en la casa de tía Beatriz, donde también vivía la abuelita Rosa.

La abuelita les prometió ver televisión, jugar a las cartas y también comer unas galletitas. Galilei y su hermana, estaban fascinadas con la idea, iban a comer hasta que les doliera la guata y ver tele hasta que los ojos se les pusieran cuadrados.

Galilei dijo que era *“buenísimo”* y Eluney dijo que *“le gustaba tanto que no lo podía resistir”*, todo esto mientras agitaba los brazos levemente, queriendo volar, como un pajarito.

Mamá y papá se vistieron, andaban apuradas. Se ven lindas, muy bonitas, muy elegantes. Todo listo, se van y ellas se quedan con la tía y la abuelita.

La tele encendida y en los comerciales, la noticia llega hasta las niñas: había en el aire, un bichito un poco pesado, algo así como un resfrío, pero más fuerte, que se esparcía muy fácil; por eso ahora todas debían llevar mascarilla y guantes. Galilei y su hermana dijeron que parecían extraterrestres con esas máscaras protectoras, se rieron de esas personas que se veían en la tv. Volvieron los dibujos, olvidaron el tema.

Ambas la pasaron súper, la tía y la abuela las consintieron con comida, porque Eluney le había pedido que le tuviera unos quequitos rellenos con manjar, de esos que le gustaban mucho mucho, *“tanto que no lo podía resistir”*. Se durmieron tarde.

La abuelita no pudo pegar pestaña en toda la noche, porque era la primera vez que se quedaba con sus nietas. Aun así, las disfrutó todo lo que pudo, ya que la noticia del bicho la tenía un poco preocupada.

El día siguiente pasó rápido, y de regreso a casa hablaron de algunos cambios que se avecinaban a causa del *“famoso bichito”*: ya no habría más escuela, no podrían salir de casa, comenzaría algo llamado *“cuarentena preventiva”* y no sabían por cuánto tiempo.

Las niñas escucharon cosas como *“crisis sanitaria”*, *“catástrofe en Europa”*, *“coronavirus”* y *“covid”*. Sin entender mucho, por qué tanta alarma por un resfrío... *“Si nos sentimos mal, reposamos y ustedes nos cuidan, nos dan globulitos y nos mantenemos calentitos”*, había dicho Galilei. *“Yo también quiero verme como un extraterrestre”*, había dicho Eluney. Todos rieron.

Las niñas estaban contentas de levantarse más tarde y poder regalinear con mamá y papá en la cama. Disfrutaron así un mes, hasta que papá volvió a trabajar a Santiago. Eso, hasta que no lo dejaron ir más, por el tema de los cordones sanitarios. La mamá decidió hacer deliverys de comida, porque había que reinventarse.

Cuando mamá trabajaba en casa, las hermanas jugaban con el papá al dominó, otras veces veían televisión. Les gustaba estar en su hogar, pero querían volver a salir a jugar a la playa, ver a sus amigas, subir el cerro, comprar todas juntas en el supermercado. Querían ver a sus primas de Santiago, e incluso volver a la escuela.

Ahora mamá y papá hablaban del peak de la enfermedad, pero seguían en casa. Entonces, comenzaron a jugar con la mamá a la escuela y ella era la profesora. Se les ocurrió, junto al papá, comenzar a reutilizar sus desechos, en ayuda del planeta. Así, crearon entretenidas actividades con juguetes de materiales reciclados, que compartían con sus primas por videollamada.

Hibernando, no despertar

Eloísa Moncada, Las Cruces

El otoño rozaba los días, el último sol del verano, día a día, rutina, una sonrisa de domingo junto al mar, correr de las manos tomadas, dormir en clan, soñando con otras dimensiones.



Día 1

Suena el despertador, primer rayo de sol, me estiro, lunes 7 am, tomo agua, miro por la ventana, hay un poco de niebla a la vista, suena la bocina de los barcos. Nos subimos al auto, en la radio dan cuenta de una niebla que cubre al pueblo, haciéndose cada vez más densa, no alcanzamos a llegar a nuestro destino y decidimos volver a casa. La niebla no permite ver más allá de las flores del jardín, las aves alteradas revolotean sin rumbo, solo podíamos oírlas asustadas, chillar y chocar contra casas, árboles y otras aves. El sol estaba desaparecido, una gran pecera de niebla nos confinó: la podías sentir en tu cuerpo. Se hizo de noche, se oían bocinas de barcos y autos, sirenas que anunciaban desgracias, la luz del faro fue engullida por la boira... algunos gritos perdidos en la densidad. La radio anuncia evitar salir de sus casas hasta que se disipe. La tv abierta pasa la película *“La niebla”*. No sopla el viento, no se ve la luna. Todo parece suspendido.

Día 2

La niebla era más densa aún que el día anterior y no había forma de ver más allá de los vidrios de las ventanas; la falta de luz solar generaba humedad, frío y oscuridad. Salí a mirar al jardín. Si estiraba el brazo no podía ver mis dedos en sus extremos. Teníamos algo de comida que racionamos para varios días más. Los animales aullaban en descontrol y se escuchaban gritos de desconcierto, decidimos tomarlo con buen ánimo. Antes habíamos estado en nieblas menos densas por algunos días. Es parte de vivir junto al mar, estar dentro de la nube. Las dos jugamos a hacer ciudades de legos, a la familia de gatos, dibujar mundos paralelos; soñamos con viajar por un gusano espacial, armamos todos los rompecabezas que teníamos, leímos y escuchamos música random para mantener energía positiva. No había forma de conseguir wifi, así que contábamos con la radio solamente. Dependíamos de la luz eléctrica, de día y noche, por la niebla.

Día 3

Seguíamos igual. En la radio contaban sobre la niebla y aconsejaban quedarse en casa. Los ruidos tenían más importancia que nunca, la falta de sol y el congelamiento de la vida le daban protagonismo.

Así pasamos varios días y la comida comenzó a escasear, el humor decayó. La falta de sol podía causar estragos en el ánimo humano, además, la niebla generaba fiebre e incertidumbre, acompañados de otros síntomas como culpa, miedo y odio a aquellas almas oscuras y atormentadas que, contagiadas por la boira, corrían a tirarse por el acantilado marino. Había que meditar y tratar de estar en paz, tener amor propio y conciencia que no tenía culpa alguna con la que vivir y no sentir miedo, solo amor. La niebla continuaba, engulléndose al pueblo completo y haciendo una purga de los poco iluminados.

Día 12

Se escuchan los autos estrellándose en contra de las rocas. Gritos desesperados. Los ladridos permanentes de los perros y rasguños de gatos hacían tener más miedo aún. Debíamos resguardarnos con mi hijo. En uno de mis viajes estelares, conseguí unas pastillas de hibernación, que le suministraban a las viajeras dimensionales, para las largas distancias que recorrían. Contaríamos con 180 días para renovar nuestras células y pensamientos, olvidarnos del miedo y paranoia que traía la fiebre de la culpa. No teníamos más alimentos y no tenía como conseguir; me arrepentía de no tener preparación de supervivencia extrema, solo sabía que no quería practicar canibalismo con mi familia.

Decidimos tomar las pastillas, ponernos cómodos y dormirnos en clan, abrigadas y con una nota que decía: *“Hibernando, no despertar”*.

Epílogo

Escribir experimentando tiempos de crisis no es algo sencillo, es exigente y en muchos aspectos abismal. Sin embargo, nos da luces y espacios que nos permiten enfrentarla de mejor manera, ya que nos puede ayudar a transmutar el miedo y la creciente incertidumbre de estos tiempos, en una nueva oportunidad para comprender nuestras historias y entretejer nuestra realidad.

La creación particular nos expande y sana desde adentro hacia afuera. Y el trabajo colectivo nos enseña a no olvidar que todas, en conjunto, somos parte del tejido social al que pertenecemos y merecemos enriquecer. En la medida que nos completamos desde adentro, comenzaremos a plasmar nuestra deliciosa singularidad, en nuestros entornos. Somos diversas formas y manifestaciones de una misma esencia. Somos diversos sistemas de aguas saladas que confluyen, suben y bajan con las mareas, corrientes y fases lunares. Somos parte de lo que fuimos: tribu, contención y mar.

El primer cuento de este conjunto, “Una tribu llamada Teztlot”, nos conecta con la lucidez de la infancia y el poder que traen las nuevas generaciones, subrayando la confianza, la voluntad, la cooperación y la permanente adaptación que debemos tener frente a los cambios.

El segundo cuento, “La casa empequeñecida”, nos muestra cómo se han ido reduciendo nuestros espacios de libertad, a cambio de la seguridad y el calor de un hogar, sea cual sea su forma y tamaño.

El tercero, “Mamá Flora, mamá Rana Cantora”, nos muestra cómo somos partes constituyentes de nuestros entornos y ecosistemas, somos fracciones de existencia que vamos poco a poco entretejiendo nuestras vivencias.

“Lavé la loza”, el cuarto cuento, nos transporta hacia aquellas herencias históricas, de la división del trabajo doméstico, que muchas veces nos cuesta integrar de buena forma, desde la humildad y transparencia con nuestras auténticas emociones.

El quinto, “Mamá Cuerva”, nos invita a observar más allá de lo que estamos acostumbrados, abrir nuestras perspectivas y sentidos sobre lo sencillo y salvaje de nuestra naturaleza animalia.

El sexto cuento, “Niñas gatas”, nos recuerda que, aunque perdamos el camino, los vínculos trascendentes de nuestra vida serán las guías para volver al centro.

El séptimo cuento nos convoca a celebrar el amor y fortalezas a partir de la familia, los lazos, los vínculos y valoración de nuestras relaciones intrafamiliares en “Ese día”.

Y, por último, el octavo cuento, “Hibernando, no despertar”, nos invita a revivir nuestras experiencias cotidianas con una singular atención sobre los detalles y toda la información que nos proporcionan nuestros entornos y cómo estos nos afectan directamente sobre nuestros interiores.

Constanza Allende
Encargada Biblioteca Escolar Futuro
Las Cruces, Julio 2020



Biblioteca Escolar
Futuro UC